

DON BERENGUER

¿Quién, si á la Corte ha asistido,
no os conocerá?

DOÑA TERESA

Advertido
de mi favor estaréis.

DON BERENGUER

¡Oh!

DOÑA TERESA

Llegó un pliego del Papa
al Rey, al amanecer,
y otro á mí. A don Berenguer
llamó el Rey, y él, con la capa
de un hidalgo disfrazado,
al alcázar acudió;
pero al mismo tiempo, yo
entré por el otro lado.
Cuanta puerta, pasadizo
y caracol hay secreto
en palacio, con objeto
de servirme á mí se hizo.
Nada se habla, nada se hace
que yo no oiga y yo no vea,
nada hay que cumplido sea
si á mí no me satisface.
Jamás fiéis en palacio,
de bóveda, ni de alfombra;
para un eco ó una sombra,
jamás falta aquí un espacio.

DON BERENGUER

Pero, en fin....

DOÑA TERESA

No comprendéis
adónde voy á parar,
pero me voy á explicar.

(Don Berenguer mira con inquietud á la puerta izquier-
da, y dice D.^a Teresa:)

Cerré bien, no receléis.
Creo que á escribir á Roma
vais: yo puedo aconsejaros
antes, y no hagáis reparos,
consejos el cuerdo toma.

DON BERENGUER

Hablad.

DOÑA TERESA

Primero que el pliego
al Pontífice escribáis,
será bueno que sepáis
una historia: oidla os ruego.

DON BERENGUER

Sea, pues os empeñáis.

DOÑA TERESA

En una fresca alquería
con recuerdos de castillo,
que á espaldas de un montecillo
circuye alameda umbría,
diez años ha que habitaba
una mujer, una niña,
señora de la campiña
solitaria en que moraba.
Rica, opulenta quizás,
huérfana de ilustre gente,
caritativa, inocente,
hermosa....., ¿qué os diré más?
allí del mundo apartada,
y de sus cuitas exenta,
vivía libre y contenta,
del universo olvidada;
y un árbol nuevo, una flor
que empezaba á abrirse, un nido
entre las zarzas cogido,
era su antojo mayor.
Jamás extranjero alguno
penetró en su quieto asilo,
ni en su corazón tranquilo
vano amor inoportuno.
Mas un día, entre los altos
robles de un soto vecino,
no un caballo, un torbellino
se precipitó, y á saltos
desesperados salvando
cuanto hallaba en su carrera,
huyó al monte, en la pradera
á su jinete lanzando.
Era un hermoso mancebo;
la niña de la alquería,
sin ver el mal que se hacía,
le acogió en ella; y al cebo
de la compasión, llamada
de su belleza incentiva,
se aproximó compasiva

y se apartó enamorada;
y cuando partió el doncel,
repuesto, de su campiña,
el corazón de la niña
partió del campo con él.
El mozo, en amor maestro
ya, aunque casi en la niñez,
volvió una y otra vez;
y ella inocente, y él diestro,
prometiéndolo él, y fiando
ella, al cabo la pasión
atropelló á la razón,
y..... día á día, pasando
fueron cinco años así;
y ella, que le idolatraba,
no su amante, fué su esclava.

«Nunca te muevas de aquí,
ó al punto me perderás
en que dejes la alquería»,
la dijo; ella le creía,
y no la dejó jamás.
Pero la mujer se hartó
de misterios tan prolijos,
y un día....., para sus hijos
apellido le pidió.
El vaciló: insistió ella:
partióse él de la alquería,
y ella, al ver que no volvía,
partió también tras su huella.
Llegó á la ciudad: oyó
que había en la tierra un rey
que la justicia y la ley
guardaba, y á él acudió.
Se hizo al alcázar llevar;
el Rey daba al pueblo audiencia;
llegó del Rey á presencia,
mas cuando al Rey iba á hablar,
juzgad de la confusión
que embargó su alma sincera
al ver que su amante era
él mismo, el Rey de Aragón.
Ni una razón, ni un suspiro
lanzó aquella dama altiva:
torva, silenciosa, esquiva,
volvió á su triste retiro.
La gente, á enajenación
atribuyó su altivez;
sólo el Rey supo esta vez
leer en su corazón.
El Rey no más tuvo en cuenta

que á la oveja inofensiva,
en pantera vengativa
puede cambiar una afrenta.
Y el Rey volvió á la alquería
y se humilló, y tal lo hizo
con ella, que satisfizo
su enojo, y juró que haría
cuanto exigiera: de modo
que ella, viéndolo preciso,
tomó lo que él darla quiso;
pero hoy....., hoy lo quiere todo.
Porque hoy, á fuerza de vil
hipocresía y constancia
pertinaz, y tolerancia
pasiva, muda y servil,
supo la mujer, al cabo,
cegar al hombre de amor,
y la cautiva, al señor
supo, al fin, hacer su esclavo.

DON BERENGUER

Señora....

DOÑA TERESA

Leed aquí:
en un día de embriaguez,
de que le pesa tal vez,
lo escribió don Jaime así:
(Mostrándole con el dedo lo que va leyendo.)
«El Papa, por ley expresa,
anula desde este día
mi matrimonio: Teresa,
no quiero que pase un día
sin cumplirte una promesa.
Si así á perdonarme vas
pesares harto prolijos,
no me casaré jamás;
legitimare á tus hijos,
y te amaré: ¿quieres más?»
Su sello, su firma es ésa;
y á la Reina repudió;
mas aunque hizo tal promesa,
no se la cumplió á Teresa,
y esa Teresa soy yo.
¿Comprendéis?

DON BERENGUER

No bien; mas va
viniéndome á la memoria
de haber oído esa historia.

DOÑA TERESA

En su confesión quizá.
Guardarla debió en su pecho,
de todos, pues sólo Dios
tiene, con nosotros dos,
para saberla derecho.
Mas cuando os la cuento, es llano
que es para que la entendáis;
para que se la escribáis
al Pontífice romano.

DON BERENGUER

Es imposible, señora.

DOÑA TERESA

Pues imposibles haréis.

DON BERENGUER

Nunca lo conseguiréis.

DOÑA TERESA

¿Nunca? Yo espero que ahora.

DON BERENGUER

Es sacrosanto el secreto
que se fía al confesor.

DOÑA TERESA

Y ¿no se debe al honor
ni á las promesas respeto?

DON BERENGUER

¡Imposible!

DOÑA TERESA

Os advertí,
si no me engaño, al entrar,
que nada, en este lugar,
puede oponérseme á mí:
y cuando á vos me mostré,
sin duda fué decidida
á arriesgar la honra y la vida.
Siento hollar de vuestra fe
los rectos principios fijos;
mas del deshonor que arrostro,
la mancha caerá en mi rostro,
pero no en el de mis hijos.
¡Nunca! Os lo juro; y en prueba

de lo resuelta que estoy,
y de que no habrá desde hoy
cosa á que yo no me atreva,
solamente preguntaros,
don Berenguer, necesito,
si os acordáis de un escrito
que caro puede costaros:
la carta por vos enviada
al infante don Fernando
una noche á Huesca, cuando
el Rey, en una emboscada,
cayó del rebelde en manos,
y sólo salvarse pudo
por su lanza y por su escudo,
lidiando contra villanos.
¿La recordáis?

DON BERENGUER

Bien, ¿y qué?

DOÑA TERESA

Que esa carta se compró,
y que la poseo yo,
y que al Rey se la daré.

DON BERENGUER

¡Señora!

DOÑA TERESA

En política y amor,
escribir es necesidad:
lo que hoy es una verdad,
es mañana un sandio error.
En fin, si ansiáis el poder
y aspiráis á favorito,
rescatad de mí este escrito,
y aun podéis llegarlo á ser.
Una demanda apoyad
que á entablar en Roma voy,
don Berenguer, y os le doy.

DON BERENGUER

¡Imposible!

DOÑA TERESA

Pues quedad
con Dios.

(Se dirige á la puerta de la izquierda, por donde se fué el Rey.)

DON BERENGUER

¿Dónde vais?

DOÑA TERESA

A hacer

leer al Rey vuestro escrito.

DON BERENGUER

Tened.

DOÑA TERESA

Os lo facilito
sólo en dos casos: si ver
hacéis al Rey mi justicia,
cual la conciencia os lo manda,
ó si apoyáis mi demanda
en la Corte pontificia.

DON BERENGUER

Pero ¿y si algún día el Rey....

DOÑA TERESA

Os he dicho que lo puedo
todo.

DON BERENGUER

¡Todo! Mientras, quedo
á la merced de su ley
y su ira.

DOÑA TERESA

En mí fiad.

Para caso de desgracia,
tengo yo un acta de gracia
omnipotente: escuchad.
De cólera en un exceso,
la mano me levantó;
mas pagar se lo hice yo
con buena prenda: leed eso.

(Le da un pergamino, que lee D. Berenguer.)

DON BERENGUER

(Leyendo.)

«Cualquiera que, sentenciado
por mí ó por mis tribunales,
sean sus crímenes cuales
fueren, si al ser condenado
esta escritura presenta,
mi regia voluntad es

que, hasta dos días después,
la ley no se tome en cuenta.
Yo Jaime, Rey de Aragón.»

(Representando.)

Mis ¿si él mismo, en su coraje,
por su mano....

DOÑA TERESA

Tal ultraje

no haría á su religión.
En fin, el Rey va á venir:
habladle antes: si no doma
su altivez, podéis á Roma
lo que os ha dicho escribir;
mas detrás del portador
de su pliego, irá un correo
con mi demanda, y yo creo
que la apoyaréis, señor.

DON BERENGUER

Pero....

DOÑA TERESA

En cifra escribiréis,
del modo que más os cuadre,
una carta al Santo Padre;
y cuando me la entreguéis,
á más de esa acta que os dejo,
os volveré vuestro escrito;
si no, al Rey se lo remito.
Conque Dios os dé consejo.

(Vase por la puerta derecha.)

ESCENA VI

DON BERENGUER

No Dios, sino Lucifer
es quien me ha de aconsejar,
que es quien puede aventajar
en malicia á la mujer.
¿Suponer que el Rey desista
de la boda? Desde luego
vale más creer que un ciego
no querrá cobrar la vista.
Sin ejército, sin oro,
el reino en bandos turbado,
le trae la paz al estado
esa boda, y un tesoro.

¿Y pensar que á ella renuncie?
Mas esa mujer tenaz
de todo será capaz
como yo al Rey no denuncie.
¿Qué he de hacer, ¡ira de Dios!
con dos fieras enjaulado,
para no ser devorado
por ninguna de las dos?
¡Maldita ambición mundanal!
Mas para retroceder
ya es tarde. ¡Ay de ti, mujer,
si cambia el viento mañana!
¡Ay de ti si el Rey no cede,
Roma no te oye, y recibo
mi carta y con el Rey privo.....
(que todo avenirse puede);
gota á gota has de apurar
la amarga hiel que hoy me ofreces;
gota á gota, hasta las heces
del cáliz..... Mas va á llegar
pronto el Rey, y el pasador
corrió.

(Le quita.)

Por hoy, lo mejor
será ceder y esperar.

(Se sienta en la mesa, y á poco sale el Rey
por la puerta izquierda.)

ESCENA VII

DON BERENGUER y EL REY

REY

¿Estáis ya de eso hecho cargo?

DON BERENGUER

Sí, señor.

REY

¿No hay objeción
que hacer á mi aceptación?

DON BERENGUER

Sois Rey, mandáis; sin embargo,
siendo del Rey confesor,
á Roma antes de escribir,
debo de reconvenir
al Rey, si peca, señor.

REY

¿Volvéis.....

DON BERENGUER

A vuestra conciencia
á hablar, que es mi obligación.
Poned sobre el corazón
la mano.

(El Rey hace un gesto de impaciencia, y D. Berenguer
le dice para calmarle:)

Es la penitencia
que os impone el sacerdote.

REY

La pongo.

DON BERENGUER

Y cuando escribís
la aceptación, ¿le sentís
latir sin que en él denote
su desigual movimiento,
que á contraer esa boda
la conciencia se acomoda
sin ningún remordimiento?

REY

Seguramente que sí:
tranquilo está.

DON BERENGUER

Una promesa,
sin embargo, hay.

REY

(Interrumpiéndole.)

¿De Teresa
queréis hablar, pesia mí!

DON BERENGUER

De ella.

REY

Y ¿qué tiene que ver
aquí Teresa?

DON BERENGUER

Según.

REY

Basta: nada hay de común
entre el amor y el deber.

La boda es la obligación
de mirar por mis estados;
los compromisos pasados
son deudas del corazón.
Ésas, él las pagará.
¿O es el orgullo tan vano
de Teresa, que la mano
tiende hacia el trono?

DON BERENGUER

Quizá,
señor, si atrevida ó diestra
cree en derechos.....

REY

(Interrumpiéndole.)

¡Por mi fe,
sois muy su amigo!

DON BERENGUER

¿De qué
lo inferís, señor?

REY

De vuestra
afición parcial lo arguyo.

DON BERENGUER

A nadie aborrezco yo;
mas podéis jurar que no
seré nunca amigo suyo.

REY

Pues no me habléis de ella más;
la debo mi corazón,
mas no el cetro de Aragón:
no lo prometí jamás.
Id, pues, y no andéis apático
las notas en extender
luego, si os han de tener
por confesor diplomático.

DON BERENGUER

Voy; mas espero, señor,
que distingáis, para un crítico
trance, la fe del político
de la fe del confesor.

REY

No daré en error tan grave.

Tomad, señor secretario,
de mis archivos la llave,
do hallaréis lo necesario.
Escribid mi aceptación
á Roma, don Berenguer,
y en su casa disponer
dejad al Rey de Aragón.

ESCENA VIII

EL REY

Tenaz anduvo, mas era
su deber; se lo perdono.
Rey nací; ensalzar mi trono
es mi obligación primera.
Le siento que se estremece,
y halagüena la fortuna,
ocasión muy oportuna
de asegurarle me ofrece;
y aunque pese á la pasión,
desperdiciarla no debo,
no: la corona que llevo
pesa más que el corazón.
La amé, y ¡perdóneme Dios!
aquí aboga amor por ella;
pero su fatal estrella
puso el trono entre los dos.
Humilde, empero, á la ley
sabrá doblar la cerviz,
y se tendrá por feliz
con el corazón del Rey.
Yo la amo aún....., á mí solo
aquí decírmelo puedo;
mas es forzoso y no cedo;
todo á esta boda lo inmoló.

ESCENA IX

EL REY y GARCÉS. Después D.^a TERESA

REY

¿Qué hay, Garcés?

GARCÉS

Doña Teresa
Vidaura, audiencia demanda,
señor.

REY

¿Tan temprano, y anda ya por palacio?

GARCÉS

Y apriesa, señor, pues tras mí se viene de sala en sala.

REY

¡Pardiez!
Esta es la primera vez que tal arrogancia tiene.

GARCÉS

Llega, señor.

REY

Hazla paso.

(Sale D.^a Teresa: Garcés queda esperando las órdenes del Rey.)

¿Vos en palacio, señora?

DOÑA TERESA

Incompetente es la hora; mas temí que el tiempo acaso para veros me faltara, y aunque á la desgracia expuesta, señor, de seros molesta, el tiempo aprovecho avara.

REY

(Á Garcés.)

Sal.

(Vase Garcés.)

ESCENA X

EL REY Y D.^a TERESA

REY

Habla, Teresa mía.
¿Qué ocurre, di, que así vienes pálida y grave? ¿Qué tienes? Siéntate.

DOÑA TERESA

Mal estaría

ante Vuestra Majestad sentada yo.

REY

¡Qué lenguaje!
¿Por ventura algún ultraje recibiste?

DOÑA TERESA

A la verdad, que no lo sé todavía, señor; mas sospechas tengo y á preguntároslo vengo.

REY

Ese tono de ironía que hallo en tus frases, Teresa, y tu rostro huraño y serio, me dejan ver un misterio que me disgusta.

DOÑA TERESA

Me pesa de ello, señor; mas tiempo ha cuanto sale de mi boca sólo á disgusto os provoca, y haciéndome á él voy ya.

REY

¡Creo, por Dios, que pretendes irritarme! Ya te he dicho que no me agrada ¿me entiendes? de esa ironía el capricho, y en el humor en que estoy me importuna, y la paciencia no es mi virtud.

DOÑA TERESA

Experiencia tengo de ello.

REY

Pues quien soy sabes, ¿qué es lo que de mí quieres? ¡Pronto!

DOÑA TERESA

Breve espero ser, señor: hacerós quiero sólo una pregunta.

REY

Di.

DOÑA TERESA

Me han dicho que hoy os llegó de Roma un correo.

REY

¿Y qué?

DOÑA TERESA

¿Volverá á partir?

REY

Sí, á fe.

DOÑA TERESA

¿Y con respuesta?

REY

Pues ¿no?

DOÑA TERESA

(Con aplomo.)

¿Y aceptáis la boda?

REY

(Con la mayor sorpresa.)

¿Sabes.....

DOÑA TERESA

(Interrumpiendo.)

Todo.

REY

¡Cómo!

DOÑA TERESA

Cuando entró el pliego en palacio, yo entré tras él; tengo llaves.

REY

¡Tienes llaves!

DOÑA TERESA

Por supuesto. En vuestras ausencias tuve esta idea, y me entretuve en mi soledad en esto.

REY

¡Te entretuviste!

DOÑA TERESA

Supuse ser por vos tarde ó temprano engañada, y me dispuse.

REY

¡Téngame Dios de su mano!
¿Te dispusiste á qué?

DOÑA TERESA

A hacer

algo de mi honra en favor: es el único valor que da precio á la mujer.

REY

Te estoy oyendo, y á fe que no te conozco; no, no eres la misma que yo conocí siempre, y no sé qué es lo que hoy tu fantasía perturba. Siempre te vi grata, humilde para mí.

DOÑA TERESA

Eso fué allá en la alquería.

REY

Ó tú estás loca, ó yo sueño: ¿tú te atreves de tal modo á mí?

DOÑA TERESA

Los locos á todo se atreven, señor.

REY

¡Voy dueño á no ser pronto de mí!
¡Ea, la razón me aclara de mudanza en ti tan rara, ó ¡vive Dios.....

DOÑA TERESA

Hela aquí:

como anduvisteis cinco años
engañando vos mi fe,
á mi vez yo me apliqué
á estudiar vuestros engaños.

REY

¿Aun más? ¡Tu insolente calma
acrecienta mi furor!

DOÑA TERESA

Y á pesar de ella, señor,
tengo el infierno en el alma.
Dejémosle, pues, brotar
ambos; porque mal sujeto
siento á mi lengua el respeto,
y le voy á atropellar.
Sí, sabedlo de una vez:
ni soy la misma que fui
para vos, ni hay más en mí
ya que enojo y altivez.
El Pontífice os propone
para esposa una princesa,
y yo tengo una promesa
que á vuestra boda se opone.

REY

¡Ira de Dios! ¿Tal creiste?
¿Así te la interpretaste,
y hasta el trono te atreviste
á alzar los ojos? Soñaste.

DOÑA TERESA

Ni en mi altivez ni en mi encono,
por ambiciosa esperanza,
ni por vil sed de venganza,
mis ojos alcé hasta el trono;
pero jamás hombre alguno
afirmar ha de poder
que hijos á quien yo dí ser
fueron hijos de ninguno.
Burlasteis mi sencillez
disfrazándoos, señor,
y vale mucho mi honor
para olvidar otra vez.

REY

¿Y esperaste, ¡pesa mi!
en tu insensata jactancia
que daría á tu arrogancia
lo que á tu humildad no dí?

DOÑA TERESA

Entendedme bien: del trono
no aspiro á la majestad:
mis hijos legitimad,
y profeso y os perdono.

REY

Más tarde.

DOÑA TERESA

Ahora, señor.

REY

¡Nunca! Humilla tu cabeza.

DOÑA TERESA

¡Nunca, que á cegarme empieza
de la cólera el vapor!
¡Ea ceded!

REY

¡No: jamás!

DOÑA TERESA

Pues todo ó nada. Mañana
aspiraré á soberana.

REY

¡Desdichada, no podrás;
porque desde este aposento,
por tu pertinacia altiva,
irás á enterrarte viva
en la tumba de un convento!

DOÑA TERESA

A desenterrarme irán.

REY

¿Quién?

DOÑA TERESA

Roma.

REY

Y ¿quién ha de ir
á Roma por ti á pedir?

DOÑA TERESA

Vuestras cartas.

REY

No saldrán
de tu poder, sino al mío
para pasar.

DOÑA TERESA

¡Estáis loco!
Sois para tanto muy poco.

REY

¿Braveas?

DOÑA TERESA

Os desafío.

REY

Pues sea: aquí quedas presa
mientras envío por tí.

(El Rey se va furioso por la puerta izquierda, que se oye cerrar por fuera. Doña Teresa, al punto que él vuelve la puerta, va á ella y corre el pasador que tiene por dentro, dirigiéndose inmediatamente á la salida secreta de la derecha.)

DOÑA TERESA

Y cuando vuelvas aquí,
ya no hallarás á Teresa.

(Vase por la derecha.)

